

Fernández Reyes, Luis Alfredo: “Lógica en la calle, sobre la Experiencia e Inferencia en las estrategias de supervivencia de personas en situación de calle de la actual ciudad de Salta”; en *REA*, N° XXIV, 2018; Escuela de Antropología – FHUMYAR – UNR; pp. 1-18.

Lógica en la calle,
sobre la Experiencia e Inferencia en las estrategias
de supervivencia de personas en situación de calle
de la actual ciudad de Salta

Luis Alfredo Fernández Reyes

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Universidad de Buenos Aires

Argentina

luisalfredofernandesreyes@gmail.com

Resumen

En el presente trabajo proponemos explicitar el aspecto lógico de las estrategias de supervivencia de las personas en situación de calle en la actual ciudad de Salta. Estas personas, en la búsqueda cotidiana de alimento o lugar para dormir, viven experiencias positivas y negativas que luego operarán como premisas. Posteriormente, por inferencia, actúan estratégicamente para disminuir la incertidumbre de vivir en la calle.

Para ello, nos basamos en dos años (2014-2015) de trabajo de campo en los cuales realizamos observaciones participantes y entrevistas informales, a partir de allí podemos sostener el aspecto lógico de estas estrategias poco problematizada en trabajos anteriores.

Palabras claves

Lógica, Experiencia, Inferencia, Personas en situación de calle.

Logic in the street, about experience and inference in survival strategies of homeless people in Salta city.

Abstract

In this paper we propose to explain the logical aspect of survival strategies of homeless people in Salta city nowadays. These people experience positive and negative situations in the daily search for food or a place where to sleep. These experiences operate as premises and subsequently, by inference, they act strategically to reduce the uncertainty of living on the street.

With this purpose we analyse two years (2014-2015) of fieldwork in which we make participant observations and informal interviews which allows us to ensure the logical aspect of these strategies hardly approached in previous papers.

Keywords

Logic, Experience, Inference, Homeless people

*

Un día cualquiera

Como cualquier día de semana, en el centro de la ciudad de Salta, don Pedro, un hombre de unos sesenta años, se levanta de su esquina y se dirige a la plaza que tiene en frente para esperar a Mario, un amigo que vende desayunos y le hace una rebaja en los precios. A la misma hora, a unas cuadras de distancia, Ariel de cuarenta años, se despierta en la terminal; luego de una ruidosa noche, acomoda sus pertenencias y se levanta antes de que los guardias lo molesten. Mientras doña Nina, una señora de cincuenta años, se levanta del hall de la escuela ubicada en el casco céntrico que le sirvió de refugio y se dirige al convento donde sirven desayunos a *los necesitados*, sorprendida porque, durante la noche, alguien le dejó algo de dinero cerca de su bolsa.

Horas más tarde, los miembros del grupo *pregonerito*, unos cinco hombres de treinta a cuarenta años, luego de que pasaran su mañana en un parque charlando y bebiendo, caminan al comedor de doña Gladis, donde almorzarán un buen plato de guiso. Por su lado, detrás de la guardia de un hospital lejos del parque, Ernesto en sus treinta años, recién se despierta; él guardó un poco de comida de la noche anterior que le regalaron unos jóvenes caritativos en una bandeja, confiado en que esa noche, nuevamente, otro grupo lo visitará y le obsequiará otra bandeja de cena.

Esta sería la observación de cualquier transeúnte que reconoce a estas personas, moviéndose o permaneciendo quietas en la ciudad. Pero esta descripción no da cuenta de cómo las acciones están estratégicamente pensadas, presentando una *lógica* que busca disminuir la incertidumbre para llegar a la supervivencia, considerando la situación que viven. Para ello estas personas recurren a su experiencia, única y particular, para planificar dichas acciones. De esta manera, la modalidad de sus juicios toma forma de inferencias más precisas mediante la acumulación de experiencia.

Estado de la cuestión

La primera reflexión sociológica sobre las personas sin hogar, la realizó Neil Anderson (1923) a principios del siglo XX, en Chicago, presentando la imagen del *Hobo*, personaje bohemio de carga positiva, vinculado a la libertad y al rechazo de los convencionalismos, hombre libre que se realizaba en su *locomoción*. Del mismo modo, Maryse Marpsat (2012) en París y Patrice Schuch (2012) en Río de Janeiro, nos muestran cómo los términos *Clochard* y *Morador de Rua*, desde las políticas públicas, designaban a estas personas con la misma carga romántica ligada más al nomadismo que a la carencia. Aquí, el fenómeno se problematizó con un espíritu humano creativo dirigido a una libertad, una autonomía, un ser autodeterminado, lleno de espontaneidad y bohemia. Desde 1987, luego del *Año Internacional de la Vivienda para las Personas Sin Hogar*, promovido por la Organización de Naciones Unidas, comenzaron los intentos estatales de estimación poblacional desde un enfoque de pobreza estructural y exclusión. A este cambio en la representación jurídica le correspondió una modificación en los términos tanto jurídicos como analíticos para referirse a estas personas, tal es así que el *Hobo* estadounidense pasó a ser denominado *Homeless*¹; el *Clochard* fue sustituido por *Personnes sans domicile fixe* (PSDF) y el *Morador de Rua* fue reemplazado por *Pessoas em situação de rua*. Actualmente, en Argentina, partícipe de las mismas transformaciones, la noción estatal de *personas en situación de calle* sustituyó al *Linyera*, *Croto*, *Ciruja*, *Indigente* y *Vagabundo*, permitiéndole a los estudios sociológicos dar cuenta de las condiciones de pobreza en términos de vivienda, desromantizando su situación y añadiéndose al abanico de términos que caracterizan la desigualdad en tanto fenómeno poblacional. Aquí, el fenómeno respondía más a regularidades sociales que a creatividades humanas, el sinhogarismo era consecuencia de contradicciones macro económicas, parte de una emergencia habitacional.

No obstante ello, se buscó reconocer las acciones de aquellos que tienen la necesidad de sobrevivir en estas condiciones, y desde entonces, se realizaron una serie de investigaciones sobre las llamadas *personas en situación de calle* en términos de pobreza estructural urbana

¹ Aquí vale aclarar que, desde los primeros escritos de Anderson encontrábamos la imagen del *homeless*, pero el autor, aunque lo distingue del *hobo* lo añade como otro protagonista de la Hoboemia.

como parte de una exclusión social sin que ello implique una determinación de las condiciones sobre las prácticas personales. Entonces, se reconoció una determinación - sobre todo económica- pero se dejó un margen a las estrategias de supervivencia exageradamente creativas que llevaban a cabo los protagonistas.

Así, para la ciudad de Buenos Aires, Mariana Baggio (2006) enfatiza en las estrategias de estas personas, quienes acuden a restaurantes, Organismos No Gubernamentales (ONG) e Iglesias. Según sus entrevistados, en esa ciudad “*nadie muere de hambre*”, haciendo alusión a las múltiples fuentes de alimento. Asimismo, Paula Rosa (2012) menciona cómo los *habitantes de la calle* circulan por la ciudad de un servicio a otro, ideando estrategias, coordinando horarios y necesidades durante el día y la noche, formando itinerarios. Finalmente, Griselda Palleres (2004) pone de relieve los circuitos que estas personas realizan en redes de comedores, duchas, refugios y hogares a lo largo de la ciudad.

Paralelamente a dichas estrategias, como ilustra Palleres (2004), la supervivencia no sólo implica la obtención de alimentos, sino también la protección y refugio en un contexto de extrema exposición. En este sentido, en la ciudad de Buenos Aires, Martin Boy (2012) problematiza la creación de los programas “Buenos Aires Presente” y “Programa sin techo”, que brindan alojamiento transitorio a estas personas. En la misma ciudad, Biaggio (2006) trabaja sobre cómo aquéllas deben respetar ciertos tiempos para acudir a Hogares o Dormis. Mariel Bufarini (2012), por su lado, nos muestra la apropiación del espacio público que realizan las personas sin hogar en la ciudad de Rosario, presentando a Sofía, quien se apropia del espacio público como espacio de vida y como lugar seguro, así como los diversos sentidos que dicho espacio adquiere; en el mismo artículo la autora da cuenta de la relación entre estrategias de subsistencia (para este trabajo supervivencia) con la identificación y delimitación de determinados espacios que se configuran como espacios de referencia. En un artículo anterior, pudimos desarrollar las lógicas de emplazamiento espacial de estas personas en la ciudad de Salta, interrelacionadas con la morfología de la ciudad que permite distinguir dos zonas: de vigilancia y de bazar, la primera de luz y protección; la segunda de oscuridad y ocultamiento, que son territorializadas o recorridas

por estas personas en búsqueda de protección ante la exposición o la libertad ante la autoridad (Fernández, 2016).

Consecuentemente, en este escrito nos ocuparemos del carácter racional que permite llamar a sus estrategias *lógicas*, explícita o implícitamente tomada en cuenta en las citadas investigaciones. Así, veremos cómo la experiencia opera como premisa y la inferencia como conclusión en su supervivencia. Continuaremos indagando las estrategias de supervivencia del cual el Emplazamiento es sólo un elemento, sumando ahora el Forrajeo como segunda unidad. Dejaremos para un próximo artículo el tercer elemento de la supervivencia: el Trabajo, ya que presenta características propias y merece una discusión más exhaustiva analizando, al menos, la noción de *trabajo informal*, que sería imposible incluir ahora.

Dentro de las lógicas de Emplazamiento proponemos dos tipos de acciones complementarias: el desplazamiento (es decir, el movimiento de una persona dentro de la ciudad) y la territorialidad (el acto de ocupación de un espacio, de apropiación). Asimismo, dentro del Forrajeo identificamos la construcción de circuitos (en otras palabras, el recorrido programado por distintas fuentes hasta cubrir lo necesario, siguiendo la propuesta de Palleres, 2012) y la construcción de puntos de encuentro y referencia (como epicentro de un núcleo de sociabilidad, el lugar de lo conocido y cotidiano, continuando la reflexión de Bufarini, 2012). Todas estas acciones *lógicas* tienen como fin disminuir la incertidumbre que implica vivir en la calle.

Para conceptualizar la incertidumbre, la reflexión de Robert Castel nos parece oportuna en tanto que él la vincula con el riesgo: que haya riesgo significa que el futuro es aleatorio y porta una amenaza, en este caso no conseguir alimento o espacio de pernocte. Así, el riesgo contamina nuestras capacidades de control y de seguridad en torno al futuro (2013). Aunque Castel lo piensa para el individuo dentro de la sociedad salarial, en nuestro caso, la incertidumbre de asegurar el mínimo de comida y un lugar para dormir cumple un rol primordial para la vida cotidiana de estas personas que, lejos de estar en una búsqueda desesperada, conforman circuitos fiables y los reproducen día a día.

Asimismo, consideramos pertinente la distinción que realiza Larissa Lomnitz (1975) entre subsistencia – en tanto la inserción intersticial y precaria en la economía urbana – y supervivencia – donde la seguridad económica responde a la totalidad de las relaciones sociales –. Tomando en cuenta el trabajo de campo, parece más conveniente hablar de supervivencia en lo que atañe a estas personas. Aquí, los agentes tienen conocimiento de la situación sobre la cual plantean resultados posibles, probabilidad fundamentada en relaciones estables que aseguren en el tiempo la sobrevivencia. Entonces, las acciones planificadas se basan en la experiencia de las relaciones sociales que estas personas construyen cotidianamente en el escenario urbano. No obstante, vale aclarar que sus vidas no están reducidas a la búsqueda constante de alimentos y espacios de pernocte, lo que aquí exponemos es un recorte que nos permite sostener el carácter lógico de sus acciones.

En este sentido, la experiencia refiere a una doble acepción: por un lado, a la vivencia subjetiva de cada individuo en su cotidianidad; y, por otro lado, al vocablo latino *experientia* – del verbo *experiri* – que refiere a probar/ensayar y que, a pesar del prefijo *ex* (separación del interior), tomamos como una premisa interna. En correspondencia, la inferencia del latín *inferrent* alude a una acción y efecto (*nt*) de sacar una conclusión (*ferre*) a partir de una situación interior (*in*), un supuesto pos-juicio que reconoce la probabilidad de un resultado, siempre contextual y remitiendo a preconstructos compartidos sobre la situación (Grize, 1982). Estos dos conceptos latinos, lejos de oponerse constituyen los elementos del juicio de estas personas que permite considerar a sus acciones *lógicas*.

Finalmente, referimos a lógica, *logos*, por ser actos pensados a través de un orden que trasciende el acontecimiento, basados en una premisa que da lugar a una conclusión. Dentro de la distinción moderna de la lógica podríamos reconocer estos actos como lógica inductiva incompleta ya que las premisas siempre estarán sujetas al devenir de la ciudad impidiendo su completitud. Pero resulta más pertinente exponer cómo las premisas se establecen por la experiencia cotidiana y la conclusión toma forma de inferencia.

Experiencias negativas y positivas en el Emplazamiento

Don Pedro durmió durante una semana en un parque cerca de un hospital de la ciudad, lejos del casco céntrico salteño. Tenía las suficientes frazadas y almohadas para acomodarse en un banco pero se le dificultaba dormir, durante toda la noche salían y llegaban ambulancias al hospital con sus sirenas a alto volumen. A pocos días dejó el ruidoso parque y se ubicó cerca de la vieja estación de trenes, donde un toldo le servía de techo y una banca de cama. Pero en el mismo lugar, durante la noche, un grupo de jóvenes vendedores de drogas utilizaban el espacio como referencia de compra/venta. No tardaron en sospechar que él fuera un policía encubierto y lo amenazaron para que se retirara. Sin pensarlo mucho, don Pedro se trasladó al centro de la ciudad a una plaza frente a la central de policía, esperando cambiar su suerte. Afortunadamente, los policías lo dejaron vivir ahí. Saludaba a aquellos que cruzaban por el parque demostrando sus buenas intenciones y, en poco tiempo, pudo instalarse en las puertas de un edificio público ubicado en la esquina frente a la plaza y frente a la central de policía. Acordó con el funcionario a cargo del edificio ocuparlo mientras éste cierre sus puertas al público, y desocuparlo en horarios de atención. Aunque recibía maltratos de algunos empleados tenía el permiso del encargado y, durante dos años, se *portó bien*, actuar que le permitía volver cada noche.

Del otro lado del casco céntrico, Ariel durmió durante meses en una rotonda frente a la terminal de ómnibus. Se había apropiado de una banca que tapaba con un plástico blanco guardando dentro sus pertenencias. Aquí podía beber con sus amigos, dormir hasta tarde y reír sin restricciones. Luego de más de un año, una noche, unos jóvenes con arma blanca lo asaltaron quitándole algo de ropa, unas zapatillas y una olla que utilizaba como conservadora. Esta experiencia fue suficiente para que decidiera mudarse frente a la terminal, donde se sentía más seguro, ya que las luces estaban prendidas todo el día y había guardias privados que, aunque seguro, ya no podía disfrutar de sus noches como antes.

A continuación de la rotonda que ocupaba Ariel encontramos el parque San Martín, el espacio verde de mayor extensión de la ciudad. En una esquina de este parque se instalaba un grupo de personas denominadas *El pregonerito*, bautizadas así porque dormían en una plataforma metálica al frente un kiosco de revistería que tenía pintado el nombre de un diario local llamado *El Pregonero*. Esta plataforma formaba parte de un sistema de ventilación del cableado del parque tirando aire caliente todo el día, constituyendo un beneficio. No obstante, durante la noche era difícil dormir, al estar en plena esquina de un parque, los miembros del

grupo eran frecuentemente despertados por algunos alcohólicos que buscaban compañía para seguir bebiendo o por *piperos*² en búsqueda de bienes para robar y poder comprar sus drogas. Luego de varias malas experiencias – peleas con *piperos*; robos ante un descuido; noches sin dormir – se mudaron gradualmente al hall de una escuela primaria ubicada unas cuadras más cerca de la plaza central, abandonando la oscuridad y la libertad por la luz y la protección.

A pocas cuadras, doña Nina, una mujer que siempre utilizaba una pañoleta en la cabeza, prefería dormir a las puertas de la misma escuela primaria donde estaba cubierta del viento y suponía estar protegida por los policías nocturnos que se paraban en la esquina. Pero ciertas noches, el grupo *el pregonerito* territorializaba el hall escolar y se instalaba con sus cartones y vinos. Doña Nina, que no confiaba mucho en su compañía, prefería retirarse a una vereda céntrica a metros de la plaza central donde, un poco menos cómoda, se aseguraba estar a la vista de otros policías nocturnos. Doña Nina infería que las calles oscuras, lejos de símbolos de seguridad como cámaras o policías, presentan un mayor peligro; aquí existe una mayor probabilidad de ser robada, y no sólo por prejuicio sino porque ya había vivido asaltos, unos más violentos que otros. En este sentido, la presencia del grupo *pregonerito* servía como símbolo de peligro, lo suficiente para que se desplazara a otra vereda.

No obstante, ubicarse cerca de los símbolos de seguridad, como la policía o guardias privados, no implicaba que éstos efectivamente la protegieran; su presencia podría serles útil ante los potenciales ladrones y, las personas aquí citadas sabían de esta posibilidad, pero también advertían de la existencia de una menor probabilidad que si se hubieran asentado en zonas oscuras y solitarias. En este sentido, a pocas cuadras del parque, en otro hospital (no donde don Pedro se había instalado), Ernesto, quien abandonó su barrio después de malas experiencias, se instaló detrás de la guardia del hospital, junto con una frazada y unos cartones; las noches de mucho frío podía adentrarse a la guardia ya que – al igual que don Pedro – se estaba *portando bien*. No obstante de tener buena relación con los guardias y dormir detrás de su garita, una noche le robaron su única frazada y su bolsa de ropa por lo que decidió retirarse del hospital en busca de otro lugar más seguro. A pesar de todo, no pudo sostener esa apropiación espacial.

² Con el sustantivo “*piperos*”, en tanto palabra nativa, referimos a aquellos consumidores de una droga ilegal que torna distintos nombres según la región y la época, como *crack*, *paco*, *bicha*, etc.

Con estos cinco ejemplos pretendemos ilustrar una experiencia negativa de la territorialidad del espacio. Acudimos al adjetivo negativo no como algo substancialmente malo, sino en tanto que indica el no poder realizar una apropiación del espacio, conduciendo a estas personas a un desplazamiento a otro lugar. Como contracara, podemos observar una efectiva territorialidad cuando don Pedro pudo instalarse en la puerta del edificio público y armar su *monoambiente*, - como él mismo llamaba a la estructura de cartón que armaba y desarmaba todos los días -. Del mismo modo, Ariel podía acomodar sus bolsos debajo de una escalera en la terminal y construir su *pieza*, rescatando sus palabras. Con menos poesía, el grupo de *pregonerito* pudo realizar una territorialidad en el hall de la escuela, donde se sentían protegidos; al igual que doña Nina, hasta que ellos llegaran. Estas experiencias ilustran positividad donde es posible la territorialidad relativamente estable, la poética espacial. Ambas reacciones, el desplazamiento causado por la experiencia negativa y la territorialidad por la experiencia positiva, conforman la lógica de Emplazamiento.

Experiencias negativas y positivas en el Forrajeo

Antes de continuar, vale mencionar que la noción de forrajeo fue empleada (junto con la caza y recolección, y la agricultura), sobre todo, para distinguir las actividades de subsistencia de tribus que dependen de fuentes naturales para vivir y de su aprovechamiento como una constante optimización que considera todas las variables de su entorno (Kottak, 2011). No obstante, nos parece pertinente esta noción ya que, estas personas, no se encuentran dentro de la sociedad salarial (Castel, 1997), ni tampoco responden a la figura que Denis Merklen (2000) presenta en la lógica del cazador para los pobres urbanos en situación marginal; aunque para Rosa (2012) sí pueda aplicarse al fenómeno dentro de la ciudad de Buenos Aires.

Así, el Forrajeo implica una dependencia y aprovechamiento de las fuentes pero, en este caso, no naturales sino morales, es decir, en lo referido a las normas de comportamiento que construye a una persona merecedora de esa fuente (recordemos el *portarse bien*) o, al menos, una presencia no molesta para el funcionamiento de la vida cotidiana. En esta

culturalización de la naturaleza intentamos emplear una noción que en antropología sirvió para comprender la subsistencia de tribus fuera de los esquemas conocidos, empleada para la supervivencia de personas y grupos fuera del mundo del salario en el contexto urbano. Este *forrajeo urbano* nos permite pensar la edificación de circuitos junto con la construcción de puntos de encuentro/referencia en tanto acciones racionalizadas.

Entonces, podemos identificar experiencias negativas en el Forrajeo en la obtención de alimentos, ambos elementos de primera necesidad en la vida cotidiana, que deben ser renovados constantemente. Estas personas, al no poseer refrigerador (a diferencia del ciudadano con vivienda, incluso en sectores marginales donde se socializan los electrodomésticos), están en la constante búsqueda de alimentos cocinados y frescos. Asimismo, el espacio urbano es sorprendentemente sucio, lo que dificulta mantener una muda de ropa limpia por mucho tiempo, sumándole las pocas posibilidades de lavar las prendas, se hace más operativo conseguirlas donadas. Esta búsqueda y obtención se realizan aprovechando fuentes morales (ver infra), pero su éxito no está asegurado y, como vimos en la territorialización del espacio, existe una cierta probabilidad de fracaso.

En este sentido, don Pedro acudió durante algunos días a la hospedería de una ONG que ofrecía una cama para pasar la noche y una cena preparada por voluntarios. Él tenía siete perros que los consideraba parte de su familia, pero en la hospedería no permitían el ingreso a animales. Don Pedro obedeció las reglas del lugar, pero no le agradó el maltrato del encargado, que no sólo trataba mal a las mascotas sino también a los usuarios, por lo que un día se retiró del lugar. Paralelamente acudía a un convento donde servían desayunos, pero tampoco se sentía a gusto con el trato que recibían los beneficiados “*como si fuéramos niños tontitos*”, según sus palabras. Su experiencia con la Iglesia San Alberto no fue muy distinta, particularmente se sentía incómodo con la puesta en escena sobreactuada que realizaban los voluntarios en un tono caritativo simpático cristiano benevolente. A poco tiempo de estas negativas experiencias decidió no acudir a este tipo de instituciones que ofrecen servicios al inferir que el trato desigual generalizado, y prefirió comprar sus desayunos y almuerzos, preocupándose por conseguir un buen precio y encontrar rebajas

como la que le ofrecía su amigo Mario. Esta inferencia negativa se extendió, al menos para don Pedro, a los grupos de ayuda.

En contraste, don Hernán, un hombre de unos cincuenta años de muchos amigos, se llevaba muy bien con las instituciones que ofrecían servicios, no sólo acudió un tiempo a la hospedería, hasta que el mismo encargado lo echó, sino que también frecuentaba la Iglesia San Alberto y un comedor a cargo de Gladis, una señora voluntaria que, luego de mucho esfuerzo, recibió ayuda de la Municipalidad y daba diariamente de comer a *los necesitados*. Don Hernán estaba en constante búsqueda de instituciones y siempre hablaba bien de ellas. Esta inferencia positiva a las instituciones se incrementaba en proporción inversa cuando recibía visitas de los grupos de ayuda. Estos grupos, generalmente de jóvenes voluntarios autoconvocados, estaban en su mayoría enmarcados en un organismo religioso (iglesia, templo, universidad católica, etc.) y ofrecían una bandeja de comida y un poco de ropa a cambio de minutos de escucha del evangelio o de consejos moralizados de muy poca utilidad. Este discurso evangélico conllevaba una represión en el consumo de alcohol, el cual don Hernán no pensaba dejar, haciendo poco agradable los encuentros. Asumía que todos los grupos de ayuda eran igualmente dedicados a la prédica de la abstinencia por lo que prefirió evitarlos, esquivarlos, durmiendo en un callejón fuera de los recorridos de los grupos, oculto de su vista y, si por casualidad lo encontraban, se hacía el dormido para no conversar.

Con menos paciencia, don Germán, un ex policía de una provincia limítrofe que decidió mudarse a las calles de Salta luego de una ruptura familiar, mantuvo durante meses una buena relación con algunos grupos de ayuda pero, luego de un conflicto que sólo conocíamos por rumor, decidió cortar vínculo con todos los grupos por igual. Su actitud se extendió a los grupos nuevos que iban apareciendo, mostrándose exageradamente hostil para los nuevos jóvenes que, con buenas intenciones, le ofrecían un plato de comida y recibían amenazas violentas. Sin importar si este conflicto era justificado o no, el juicio de desconfiar de los grupos se extendió a todos, y los nuevos grupos fueron directamente rechazados, siendo para ellos un hombre no muy agradecido.

No obstante, no sólo existían malas experiencias en la cotidianidad urbana. Doña Nina mantenía buena relación con la hospedería donde frecuentemente pedía un plato de cena, tanto que las cocineras le guardaban un plato ya sabiendo de su visita, al igual que en el convento donde desayunaba y la Iglesia San Alberto donde era comensal frecuente. Doña Nina construyó un fiable circuito urbano de supervivencia, tenía un recorrido programado previamente donde ya tenía decidido qué institución visitar primero, a qué hora pasar por otra y a qué hora tenía que volver a su espacio para esperar a los jóvenes voluntarios. Así, ella siempre tuvo una muy buena relación con diversos grupos de ayuda; por su parte, los grupos de ayuda la conocían muy bien, incluso algunos se organizaban para festejar su cumpleaños y, sobre todo, sabían dónde encontrarla. Durante meses estuvo en el hall de la escuela primaria, gradualmente se mudó a la vereda a metros de la plaza central y, a veces, estaba echada en un banco entre la catedral de la ciudad y un banco nacional. Los grupos programaban su recorrido según puntos de encuentro: doña Nina tenía su lugar en el mapa mental, al igual que aquellas personas que se dejaban ayudar por la caridad voluntaria.

Ariel, por su parte, era otro beneficiado por los mismos grupos que doña Nina, y también frecuentaba la Iglesia San Alfonso y otras instituciones. Aún más, Ariel – quien aseguraba que su vocación era la gastronomía – frecuentaba algunos restaurantes para pedir un plato de comida u ofrecer sus servicios en barrer la vereda o limpiar algunos platos a cambio de una sopa. Ariel ya sabía qué restaurantes tenían los dueños más accesibles y cuáles no, no por revelación divina sino por experiencia de haberlos visitado antes, aunque ninguno le aseguraba un plato, sabía que en algunos era más probable obtener el visto bueno que en otros. Como casi todas las personas en la misma situación, también conformaba un circuito, en el suyo visitaba primero aquellos restaurantes donde infería que la probabilidad era mayor, y continuaba descendientemente.

Al igual que doña Nina y Ariel, Ernesto era buen anfitrión cuando era visitado por los grupos que le facilitaban comida o ropa. Aunque no lo había planificado, pronto se dio cuenta que el hospital era frecuentado por estos grupos y no tardó en ubicarse fuera de la guardia para ser visible para aquellos que pasaban. Su relación con los grupos fue siempre buena y rápidamente integró el conjunto de beneficiados por los jóvenes. Asimismo, recibía

constantemente donativos anónimos de los familiares de las personas atendidas en el hospital que acudían a la guardia; Ernesto, por su parte, no sólo se llevaba bien con los guardias sino que se encargaba de limpiar el espacio verde que lo rodeaba y regar las plantas del jardín con un bidón, para así conservar el estratégico lugar siendo lo menos molesto posible – *portándose bien* – y seguir utilizando la guardia como punto de referencia.

De la misma manera, la plataforma metálica del grupo *pregonerito* era otro punto de encuentro tanto para ellos como para los grupos de ayuda, incluso eran comensales frecuentes en el comedor de Gladis, que también visitaba don Hernán. Delante de la plataforma estaba una pizzería de muchos clientes que, al salir, les regalaban las porciones de pizza que hubieran sobrado. Ellos, por su parte, se aseguraban de ser visibles para los comensales constituyendo un punto de referencia, a veces siendo explícitos con el pedido, a veces sólo esperando.

Ser un punto de referencia para los ciudadanos es una estrategia muy empleada y sorprendentemente importante para la vida cotidiana de estas personas, tan importante como establecer un circuito. Don Pedro mencionaba que permanecer en la esquina lo hacía conocido para “*los que pasan por aquí*” y recibía cantidades constantes de dinero de transeúntes anónimos; nunca olvidaría aquella mañana que despertó junto a una pierna de cerdo casi completa sin conocer nunca quién se la regaló. Doña Nina y don Ernesto recurrieron a la misma estrategia: permanecer en la misma vereda y, la guardia durante muchas horas no implicaba que estaban de ocio o sin saber qué hacer, sabían que construían un punto de referencia para que los vecinos y transeúntes que frecuentaban esos espacios supieran de su constante presencia, para así aumentar las probabilidades de ingreso de los donativos: algunos pesos, ropa usada, comida sobrante y se consideraba sorpresa si el dinero era relativamente mucho o la ropa nueva o una comida completa.

Estos siete ejemplos que traemos a colación pretenden mostrar las experiencias negativas y positivas en el Forrajeo en la búsqueda y obtención de alimentos. Igual que en la reflexión anterior, las experiencias negativas son aquellas que quedan fuera de la lógica

de Forrajeo y, por inferencia, se evitan las fuentes similares. En contrapartida, las fuentes que sí pudieron integrar el Forrajeo de una persona, permiten que ésta infiera que las fuentes semejantes también pueden incluir su circuito. Una experiencia positiva llevará a una inferencia positiva y una negativa a otra negativa. Del mismo modo, observamos que forrajear no sólo implica moverse por la ciudad cumpliendo el circuito previsto, sino también construir un punto de encuentro para los grupos de ayuda y de referencia para los transeúntes que pasaban por allí. Si permanecer en una vereda resulta ser un buen punto de referencia porque se reciben muchos donativos, la persona permanecerá allí y cuidará su lugar, como Ernesto quien invertía mucho tiempo y energías para conservar limpio el lugar.

Lógica de Experiencia e Inferencia

Lo que hasta ahora vinimos exponiendo, tiene correlación con la reflexión de Griselda Palleres (2004):

A simple vista, el movimiento o la inactividad parecen no tener sentido pues el observador ocasional muchas veces sólo ve una parte del andar de quienes se encuentran viviendo en la calle. Sin embargo, este andar responde a varios objetivos que van desde la satisfacción de necesidades inmediatas para subsistir hasta otras más mediatas, como la búsqueda de un rincón en la ciudad del cual poder *adueñarse* o poder sentir como *propio*, a lo largo del tiempo (99).

Asimismo, estamos de acuerdo con Palleres (2012) y Rosa (2012) al sostener que estas personas, en su vida cotidiana, tienen una rutina fiable que remite a un circuito, de manera tal que vivir en la calle es parte visible de un andar y que su movimiento no está reglamentado por el tiempo laboral sino racionalizado en tanto “subsistencia” (sobrevivencia en nuestro caso), en circuitos, en decisiones pragmáticas. Aunque ellas también dan cuenta de la construcción de circuitos y la búsqueda de apropiación espacial, dan como supuesto que el carácter racional de las estrategias sólo puede reconocerse

mostrando el proceso por el cual la persona infiere su acción, basada en su experiencia previa.

Sólo así podemos sostener que la persona es consciente de su acción y no está más bien respondiendo a la “dinámica de reproducción” propia del *habitus* (Bourdieu, 1999) o las *estrategias familiares de vida* (Torrado, 2003) donde los agentes no pueden plantearse en términos de conocimiento de las situaciones: *lo hacen pero no saben que lo hacen*. El campo nos mostró (ejemplificado en los casos aquí citados) que estas personas tienen conocimiento de la situación, a través de su experiencia cotidiana, y gracias a ella podían inferir sus acciones, dando lugar a *lógicas* en la búsqueda de disminuir la incertidumbre. Siguiendo con la propuesta, lo que nos interesa hacer notar también es el carácter racional del movimiento (circuito y desplazamiento) y de la quietud (punto de referencia y encuentro y territorialidad).

Conclusión

Pudimos ver cómo en la lógica de emplazamiento encontramos acciones como desplazarse y territorializar. Estas acciones presentaban una racionalidad, no eran azarosas, las personas aquí presentadas infieren dónde podían dormir, sabían en qué veredas existe una mayor probabilidad de ser asaltados o no, como Pedro, Ariel, el grupo *pregonerito*, Nina y Ernesto. Ellos inferían qué espacios presentaban símbolos de seguridad disminuyendo la probabilidad de ser robados, o en cuáles estos símbolos estaban ausentes; no sólo tenían un mapa mental de la ciudad basado en su experiencia sino que actuaban acorde a ella.

En el mismo sentido, en el Forrajeo vimos que los circuitos de búsqueda de alimentos presentaban una programación racional basada en la experiencia de cada individuo, reafirmada o negada cada día, como en don Hernán, doña Nina, Ariel y el grupo *pregonerito*. Así como los puntos de encuentro/referencia, siendo un segmento importante del Forrajeo, con una ubicación bien pensada, como lo muestran don Pedro, doña Nina,

Ariel, los *pregonerito*, don Germán (por un tiempo) y Ernesto. En ambas lógicas, de emplazamiento y de forrajeo, vemos una búsqueda de disminuir la incertidumbre de vivir en la calle considerando su situación a través de acciones estratégicas de cierta probabilidad.

Así, cada persona construye sus propias estrategias fundamentadas en el éxito o fracaso del día a día, infiriendo las acciones a seguir para disminuir la incertidumbre. A pesar de ser un esquema subjetivo creemos que puede conformar un *logos*, ya que organiza aprehensiblemente el movimiento y la quietud.

Referencias Bibliográficas

- ANDERSON, N. (1923) *The hobo. The sociology of the Homeless men*. The university of Chicago Press. Chicago EEUU.
- BIAGGIO, M. (2006) “Linyera, ser o no ser: normas, códigos y estrategias de supervivencia en los hombres de la calle” en actas VIII Congreso Argentina de Antropología Social. Universidad nacional de Salta.
- BOURDIEU, P. (1999) *Meditaciones pascalinas*. Anagrama Editorial. Barcelona.
- BOY, M. (2012) *Conflicto, solidaridades y miradas en torno a la situación de calle*. Editorial El colegio de México. Buenos Aires
- BUFARINI, M. (2012) “Vivir en el espacio Público: consideraciones sobre las políticas de control urbano” en *Revista Nómadas* N° 37. Octubre. 2012. pp. 231-239
- CASTEL, R. (1997) *La metamorfosis de la cuestión social*. Paidós. Buenos Aires.
- (2013) *Individuación, precariedad, inseguridad*. Paidós. Buenos Aires.
- FERNANDEZ, L. (2016) “Lógicas de ocupación espacial de las personas en situación de calle en la ciudad de Salta” en *Revista Nuestro NOA* N° 6. Junio 2016. pp. 215-233
- KOTTAK, C. (2011) *Antropología Cultural*. Mc Graw Hill Ediciones. México.
- GRIZE, J. (1982) *De la lógica a la argumentación*. Editorial Droz. España.
- LOMNITZ, L. (1975) *¿Cómo sobreviven los marginados?* Editorial S. XXI. México.

FERNÁNDEZ REYES, Luis Alfredo – “Lógica en la calle, sobre la Experiencia e Inferencia...”

MARPSAT, M. (2102) *Estadísticas das pessoas sem domicilio na França: Historias, Metodos e Resultados*. Instituto Nacional de Estadísticas e de Esudos Econômicos. Paris.

MERKLEN, D. (2000) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Editorial Biblos. Buenos Aires.

PALLERES, G. (2004) *Conjugando el presente. Personas sin hogar en la ciudad de Buenos Aires*. Tesis de Licenciatura. Universidad de Buenos Aires.

----- (2012) “Derecho a la ciudad: personas sin hogar en la ciudad de Buenos Aires” en Bolívar, T., et at. (comp) *Dimensiones del habitat popular latinoamericano*. Flacso. Ecuador

ROSA, P. C. (2012) “Pobreza urbana y desigualdad: la asistencia habitacional a personas en situación de calle en la ciudad de Buenos Aires” en Bolívar, T., et at. (comp) *Dimensiones del habitat popular latinoamericano*. Flacso. Ecuador

SCHUCH, P. et at (2012) *A Rua em movimento: debates acerca da população adulta em situação de rua na cidade de Porto Alegre*. FASC. Porto Alegre.

TORRADO, S. (2003) *Historia de la familia en la Argentina moderna*. Ediciones de la Flor. Buenos Aires.

Recibido: 15/12/2017

Evaluado: 15/04/2018

Versión final: 18/06/2018

Cita sugerida:

Fernández Reyes, L.A. (2018). “Lógica en la calle, sobre la Experiencia e Inferencia en las estrategias de supervivencia de personas en situación de calle de la actual ciudad de Salta”. En: Revista de la Escuela de Antropología (XXIV), Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario. Versión en línea disponible en: <https://revistadeantropologia.unr.edu.ar/index.php/revistadeantropologia/article/view/Fernandez%20Reyes>